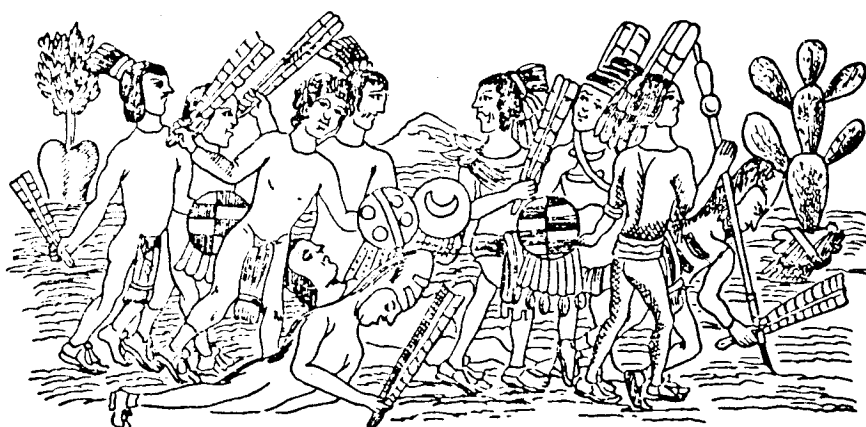


LAS GUERRAS ENTRE LOS INDIOS PRECOLOMBINOS DE LA MESOAMERICA NICARAGUENSE

ANTONIO ESGUEVA

Licenciado en Historia y Filosofía y Letras. Director del Departamento de Historia de la Universidad Centroamericana (UCA)



INTRODUCCION

El objeto del siguiente estudio es profundizar en el conocimiento del espíritu guerrero de los indios precolombinos, que habitaban en la parte de Nicaragua correspondiente a lo que se conoce con el nombre de Mesoamérica: Qué clase de gentes eran, si belicosos o pacíficos; quiénes se dedicaban a la guerra; qué causas les motivaban a llevarla a cabo; cuál era el procedimiento para declararla y quiénes tenían potestad para ello; cuáles eran los instrumentos con que combatían; qué relación existía entre la religión, la guerra, los sacrificios y la comida de la carne humana del sacrificado; qué penas se imponían a los que infringían algunos preceptos bélicos y qué conexión había entre la guerra y la creencia del indígena en la otra vida.

Pasamos, pues, a analizarlas de forma ordenada.



I. EL CARACTER BELICOSO DE LOS INDIOS NICARAGUENSES.

¿Eran belicosos o pacíficos los indios nicaragüenses? Si nos atenemos a la frase del Padre Las Casas de que *"de su natura era gente muy mansa e pacífica"* (1), podemos pensar que entre ellos no existían las guerras. Pero, salvando el contexto en que está escrita esta frase, fijémonos en las palabras de otros autores, en las que leemos que los indios de Nicaragua *"son gente belicosa é astutos é falsos en la guerra é de buenos ánimos"*. (2) La mayor garantía de esta belicosidad la tenemos en las palabras y actitudes que Nicaragua y su gente mostraron a Gil González cuando les persuadió de que debían abandonar las armas. Así nos lo relata el cronista Pedro Mártir de Anglería:

"Hecha esta explicación, Nicaragua y sus cortesanos, allí presentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito a Gil, dieron asentimiento a todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto a ese de la guerra, preguntando que adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares..... ¿DAREMOS TODO ESTO A NUESTRAS MUJERES PARA QUE ELLAS LO MANEJEN? NOS PONDREMOS NOSOTROS A HILAR CON LOS USOS Y LAS RUECAS DE ELLAS, Y CULTIVAREMOS NOSOTROS LA TIERRA RUSTICAMENTE?.... Gil no se atrevió a replicar a esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados". (3)

Esta actitud de los Nicaraos, en que se

refleja la postura de los hombres ante la guerra, como algo connatural a ellos, no es extraña a los chorotegas. Conocemos que entre los diferentes grupos había hostilidad. Los Nicaraos no sólo hacían la guerra a los chontales (4), sino también eran enemigos de los chorotegas. Estos habían tenido que sufrir la humillación de la derrota infringida por los nahuas-nicaraos, venidos posteriormente y a quienes les habían arrebatado el territorio que ocupaban en el istmo de Rivas. Todo esto había creado una rivalidad entre los dos pueblos, que les obligaba, de alguna manera, a estar alerta ante las posibles agresiones de cualquiera de ellos, y que conllevaba una rivalidad que no pasó desapercibida a los propios cronistas hispanos. La misma división de los chorotegas en dos grandes ramas, los Dirianes y los Nagrandanos, como consecuencia de guerras fratricidas, (5) contribuyó a desarrollar en ellos la belicosidad.

Todo esto, pues, nos da pie para pensar que el indígena nicaragüense, tanto nicarao como chorotega, vivía en una actitud guerrera, siempre alerta, en actitud defensiva (6), que influía en el carácter de estos pueblos, convirtiéndolos en guerreros belicosos, aguerridos y con una experiencia, que Oviedo ha descrito como astucia.

II. PARTICIPANTES EN LA GUERRA

¿Quiénes se dedicaban a la guerra? En la respuesta de Nicarao a Gil González, que nos transcribe Anglería, citada anteriormente, podemos notar que existía una división del trabajo, en que los hombres y las mujeres se dedicaban a diferentes labores. Las tareas de la guerra eran propias y exclusivas de los hombres. Esta misma idea nos transcribe también Francisco López de Gomara:

"...No querían arrinconar sus banderas, sus arcos, sus cascos y sus penachos, ni dejar la guerra y las armas en manos de las mujeres, para hilar ellos, tejer y cavar como mujeres y esclavos". (7)

No nos vamos a detener a comentar si era la mujer la que se dedicaba a las labores del campo, pues Oviedo difiere de los cronistas anteriores diciendo que era el hombre el que se dedicaba a estas tareas:

"Tienen cargo los hombres de proveer la casa propia de la labor del campo é agricultura é de la casa é pesqueria, y ellas del tracto é mercaderias; pero antes quel marido salga de casa la ha de dexar barrida y encendido el fuego, é luego toma sus armas é va al campo ó á la labor dél, ó á pescar ó casar ó hacer lo que sabe é tiene por ejercicio". (8)

Lo que aquí nos interesa acentuar es determinar quiénes se dedicaban a la guerra específicamente y en esto sí que concuerdan los autores, pues todos dan a entender que las labores de la guerra eran propias y exclusivas de los varones.

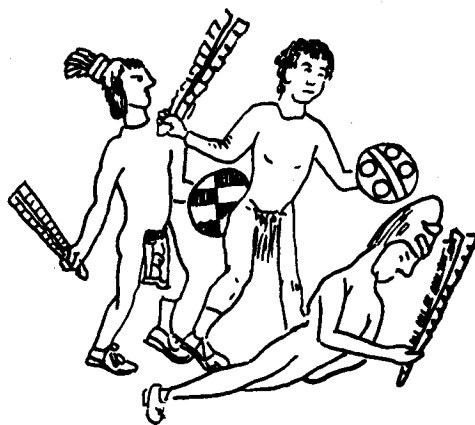
Sin embargo notemos que Gomara, al parecer, excluye de la guerra a los hombres esclavos.

La participación de los varones en la guerra o al menos la preparación y disposición para ella solía ser masiva, si tenemos en cuenta las estadísticas que Oviedo nos proporciona con relación a la población global y el número de hombres preparados para la guerra. Hablando de Managua dice que de cuarenta mil personas que tenía la población, diez mil eran de arco y flecha; en Matiare había mil flecheros para una población de doce mil habitantes y en Tipitapa de tres mil quinientas personas, ochocientos eran arqueros. (9) Esto nos indica que, si descontamos a las mujeres y niños, sacerdotes y viejos, la gran mayoría de varones estaban armados y preparados para la guerra, aunque no todos tuviesen que guerrear en todas las ocasiones.

Existía, además una vigilancia que hacían los jóvenes mancebos con el fin de impedir cualquier ataque sorpresivo del enemigo. Dormían juntos en el portal-galpón-

siempre dispuestos a repeler cualquier agresión y a proteger la vida y seguridad de sus conciudadanos:

"Y en aquellos portales que están á trechos cubiertos en torno de la plasa, el cual portal se llama galpón, allí duermen los mancebos que no tienen mujeres, é porque estén allí puestos é juntos para la guerra; é hacen su vela ordenada cada noche, porque los contrarios enemigos no salten de noche". (10)



III. CAUSAS DE LAS GUERRAS

¿Por qué causas se hacían las guerras? La respuesta a esta pregunta nos la dan los propios cronistas:

"F. Sobre qué teneys esos contrarios é guerras?

Y. Sobre los términos de nuestras jurisdicciones, é por echar los unos á los otros de la tierra". (11)

"Declaran la guerra sobre los linderos y mojones, sobre la caza y sobre quién es mejor y podrá más... y hasta para cautivar hombres para el sacrificio". (12)

"La primera y principal era

decir que querían aquella gente para comida sabrosa y caliente de los dioses, cuya carne les era dulcísima y delicada, y la segunda (causa) era para ejercitar sus valerosos hombres". (13)

"En aquellas batallas y reencuentros más pugnaban por prenderse que por matarse unos a otros, y este era su fin: prender y no matar... sino sólo traer de comer al ídolo y a aquellos malditos carniceros hambrientos por comer carne humana". (14)

Según las citas anteriores podemos resumir las causas de las guerras entre los indígenas en dos grandes motivaciones: unas económicas y otras religiosas. Dentro de las primeras están los problemas de jurisdicción, linderos, caza e invasiones enemigas. En las segundas se puede observar la necesidad de comer carne humana tanto los dioses como los hombres. Otra motivación podía ser el entrenamiento, pero no era una finalidad en sí, sino un medio para salir triunfante en las finalidades anteriores, ya fuera apoderándose de propiedades o de la caza, o rechazando el ataque de cualquier grupo usurpador o cautivando a las personas enemigas, que habrían de morir en el sacrificio y con cuya sangre los dioses recibirían vida y serviría también para alimentación de los propios participantes en el sacrificio.



IV. DECLARACION DE LA GUERRA

Los habitantes precolombinos mesoamerica-

nos de Nicaragua tenían una autoridad, a la que se sometían fielmente y con la que contaban siempre y más aún en los momentos difíciles. La guerra, sabemos todos, es uno de esos momentos esenciales, en que se necesita una cabeza rectora para no hacerla de manera anárquica. Así, pues, el interrogante aquí es: ¿Quién declaraba la guerra o quién tenía esa autoridad entre estos indígenas? Gonzalo Fernández de Oviedo, el cronista por excelencia de Nicaragua, nos dice:

"F. Vosotros llamays á vuestros concejos é ayuntamientos secretos MONEXICOS: teneys casas de cabildo, donde os junteys?"

Y. Sí tenemos: é allí nos juntamos cuando el cacique tiene nescessidad de proveer algunas cosas tocantes á la guerra ó á otras nescessidades, y el cacique (al que en aquella lengua se llama teyte) habla é propone el caso é nescessidad presente, é los exorta é pide su auxilio, pues que lo que pide es bien universal de la república. E después que le han oydo los otros, dan sus paresceres, é de allí sale acordado lo que se ha de hacer". (15)

En esta cita podemos observar la importancia que para los indígenas tenía el monexico (ayuntamiento, consejo, consistorio secreto, donde los principales resolvían los asuntos más importantes en cada estado). Esta costumbre estaba muy arraigada sobre todo entre los chorotegas, que: "no se gobernaban por caciques é unico señor sino á manera de comunidades por cierto número de viejos escogidos por votos". (16)

Pues, bien, este monexico estaba también integrado por el cacique, quien no podía imponerse al monexico:

"é no puede el cacique

mandar sino en las cosas de la guerra ó bien del pueblo, é aún para esto se ha de ser primero acordado en el monexico; pero no se puede tener el monexico sin el cacique por ser el principal señor". (17)

Observamos en las citas anteriores que el que declaraba la guerra era el monexico. Además en Nicaragua, entre los chorotegas, existía la tradición, de que el monexico se debía hacer con una vieja que vivía en el Volcán Masaya. Así nos relata el cronista lo siguiente:

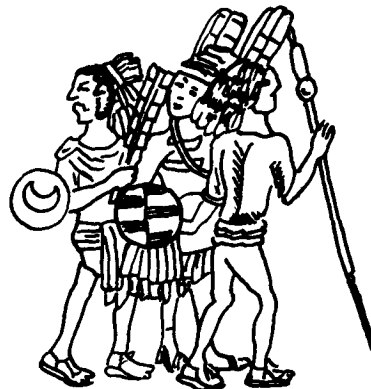
"Oy decir á aquel cacique de Lenderi que avia él entrado algunas veces en aquella plasa donde está el poso de Masaya con otros caciques, é que de aquel poso salía una mujer muy vieja desnuda, con la cual ellos hacian su monexico (que quiere decir concejo secreto) é consultaban si harian la guerra ó la excusarian ó si otorgarian treguas á sus enemigos; é que ninguna cosa de importancia hacia ni obraban sin su parescer é mandado; é aquella les decia si avian de vencer ó ser vencidos, é si avia de llover é cogerse mucho mahiz, é qué tales avian de ser los temporales é subcessos del tiempo que estaba por venir, é que asi acaescia como la vieja lo pronosticaba". (18)

Esta narración, como es lógico sirve solamente para los chorotegas y no para los nicaraos ya que éstos vivían en el istmo de Rivas, las islas Zapatera y Ometepe. Pero tiene una gran importancia el hecho de que el monexico chorotega tomaba la determinación de las cosas importantes, incluida la guerra, sólo después de que habían oído el parecer de la vieja, ya que "ninguna cosa de importancia hacian ni obraban sin su

parescer é mandado".

Una vez que había determinado el monexico declarar la guerra a su rival, la declaración se hacía a través de un pregón. Este se daba siempre que hubiera un acontecimiento importante y la guerra lo era sin lugar a dudas:

"...é va un mensajero destos con aquel bordon á una plasa de un pueblo, y encontinente corre la gente a ver lo que quiere; y él, puesto el palo de la manera que dicho es, dice á altas voces: venid, venid, venid,. E dicho tres veces en su lengua dice lo quel señor manda á manera de pregón, é vâse encontinente; y de paz ó de guerra, ó de la forma que les es mandado, sin faltar en cosa alguna, se cumple enteramente lo que les fué denunciado". (19)



V. INSTRUMENTOS DE GUERRA

Las armas que usaban eran bastante rudimentarias, pero bien eficaces. Los cronistas nos recuerdan que no conocían el hierro y esto implicó una limitación importante cuando posteriormente se tuvieron que enfrentar a los españoles. En los distintos cronistas leemos:

"E no tienen hierro, é las saetas traen con pedernales é

huesos de pescados en las puntas; é son de carrisos (que hay muchas por las costas de las lagunas), é los arcos son de lindas é buenas maderas". (20)

"Las armas desta gente son lansas é macanes é arcos é flechas y espadas é rodela: é las espadas son de pelo y en los filos dellas unos dientes de pedernales que cortan como navajas. Las armas defensivas son aquellas de cortesas de árboles ó de madera ligera, é cubiertas de plumas é de labores de pluma é lindas é fuertes, é unos jubones bastados de algodón, algunos hasta la cinta, é otros que les cubren los muslos." (21)

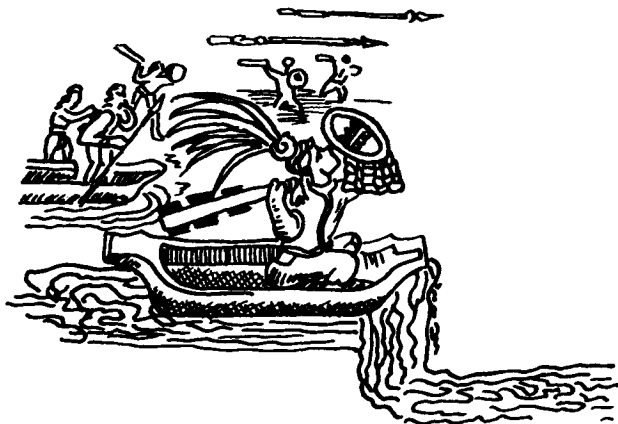
"Peleaban con piedras los que iban con la delantera, y lanzas y dardos, tostadas las puntas y macanas y arcos y flechas. Sonaban cornete de caracoles grandes, y daban grandisimos alaridos, que hacian temblar las carnes a sus enemigos." (22)

"(dijeron que) adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares." (23)

Analizando estas citas podemos concluir haciendo una división en dos grandes grupos: ARMAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS. A las primeras se afiliarían las saetas, arcos, flechas, macanas, lanzas, espadas de palo con filos de pedernal, dardos, piedras, hachas, y a las segundas las rodela de corteza de árboles, los jubones de algodón y los yelmos. Todas son hechas con materiales que están a su alcance.

En la macana, al menos en el altiplano mexicano, se solían incrustar navajas

de obsidiana, (que era un vidrio volcánico que se podía destinar perfectamente para la fabricación de instrumentos cortantes). (24) Así las macanas, debido a sus bordes afilados, eran instrumentos altamente peligrosos para el enemigo, pues con ellas "de un solo golpe se podía decapitar un caballo." (25)



VI. LA GUERRA Y LA RELIGIOSIDAD

(Los indios hacían de la guerra un rito religioso. Las causas, las consecuencias, los instrumentos y los medios, el fin de los cautivos, la participación del pueblo en la comida de la carne humana del cautivado y sacrificado como alimento sagrado, nos dan motivo para asegurar que la guerra y el sacrificio forman parte consustancial de la vivencia religiosa de estos pueblos nicaragüenses. Veamos qué nos dicen los cronistas en cuanto a:

a) La finalidad de la guerra

"Los sacerdotes manifestaban a los reyes cómo los dioses se morían de hambre y los reyes juntaban sus ejércitos... y toda su contienda y batalla era aprenderse unos a otros para el efecto de sacrificar... porque todo su fin era traer hombres vivos para dar de comer a los ídolos; y este era el modo con que traían las víctimas a los dioses". (26)

Esta cita de Acosta, referida al altiplano Mexicano, en que vemos la finalidad de la guerra, que era coger prisioneros para sacrificarlos a los dioses con el fin de que se alimentasen de la sangre y carne humana, tiene su paralelismo en Nicaragua en la repuesta de Misesboy a Bobadilla:

"F. E los teotes comen?

"Y. Cuando tenemos guerras es para darles de comer de la sangre de los indios que se matan ó se toman en ella, y échase la sangre para arriba é abaxo é a los lados é por todas partes". (27)

Según estas citas es clara la finalidad de carácter religioso de la guerra.

b) La guerra y el Templo

El templo era por excelencia el lugar de la presencia de los teotes, representados en sus ídolos. Era el lugar sagrado del pueblo, donde el encuentro entre los indios y los dioses se hacía más palpable. Y en ese lugar, guardaban lo que los indios consideraban como más sagrado: sus dioses. Junto a ellos guardaban también las flechas y arcos, las armas bélicas, instrumentos imprescindibles para dar el sustento necesario, que los dioses exigían y demandaban. Junto al ídolo estaban las armas como exigiendo de los dioses la bendición y la protección, que en el momento del combate se requería, si los teotes querían tener víctimas capturados con él y sacrificadas en su honor.

"(En los templos) ... Con las banderas que llevan espectros pintados guardan en tiempos de paz los instrumentos bélicos, arcos aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadizas para pelear de lejos, y varios adornos guerreros". (28)

Tenemos, pues, que el hecho de guardar las armas bélicas en el templo, lugar tan

sagrado, nos indica que la guerra era algo sacro, tanto por lo que representaba para los dioses como para los indios.

c) La guerra y las procesiones

Solamente en algunas grandes solemnidades religiosas, en que también se sacrificaban víctimas humanas habidas en la guerra (aunque además podían sacrificarse otros géneros de víctimas humanas) se hacían procesiones con una solemnidad impresionante, a las que todo el pueblo asistía porque *"a ninguno que pueda tenerse en pie le es permitido faltar a esta superstición". (29)*

La procesión se hacía ordenada, por jerarquías, portando algunos símbolos. A esta procesión acudían los jóvenes llevando instrumentos bélicos, reflejando así la importancia sacra que estos instrumentos tenían, en manos de quien hacía la guerra en honor de sus teotes: *"(Llevan) los mancebos arcos y flechas, o dardos y rodela". (30)*

d) La guerra y los juegos sacros:

Toda fiesta religiosa se podía manifestar de diversas maneras, dando, cada una de estas formas, aspectos diferentes de una sola unidad sagrada: la procesión, la oración, los juegos, los sacrificios eran diferentes aspectos todos ellos sagrados dentro de la unidad sagrada de cada fiesta religiosa. Y encontramos elementos con los que se juega, que simbolizan la unidad entre el juego (en la fiesta sagrada) y la guerra, cuyos símbolos se emplean. Tenemos así que cuando los jóvenes indios finalizaban la procesión y llegaban al lugar de destino, según Anglería:

"los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos". (31)

Oviedo fue testigo en Tecoa-tega (El Viejo) de un areyto (danza y cantar de los indios) o Mitote con motivo de la fiesta sagrada en la finalización de la recolección del

cacao. En esta fiesta también tenían juegos, como el del Palo Volador, en que uno de los niños llevaba en una mano un arco y en la otra flechas (32) con lo que de nuevo podemos ver la relación entre la guerra, los juegos y la divinidad, en cuyo honor se hacían estos juegos, como parte del rito sagrado.

e) La guerra, los prisioneros y los sacrificios:

Ya hemos constatado que tanto las guerras en el altiplano mexicano como en Nicaragua tenían una finalidad sagrada y además hemos leído también que la finalidad de ellas no era matar al enemigo sino capturarle vivo, para cumplir con su principal compromiso, alimentar a los dioses con la carne y sangre del sacrificado:

"Y por tener cautivos para sus sacrificios eran sus ordinarias guerras; y así cuando peleaban unos con otros, procuraban haber vivos a sus contrarios, y prenderlos, y no matarlos, para gozar de sus sacrificios." (33)

"Casi todos los que sacrificaban a lo ídolos, eran los que prendían en las guerras, y por eso en más tenían prender uno que matar cinco." (34)

La cita escrita por el Padre Acosta sobre las guerras de los indios mexicanos tiene también su correspondiente paralelismo en Nicaragua. ¿Qué pasaba si no traían prisioneros de guerra, aunque hubieran vencido y matado a muchos enemigos? Lloraban. En vez de alegrarse por la victoria sobre los enemigos, los capitanes sentían como una derrota, al no poder traer a sus dioses el don más sagrado, un esclavo prisionero de guerra:

"F. E si no traeys esclavos que sacrifican?

Y. Si no les traen, van allí á

par del monton los capitanes principales é lloren con mucha tristeza". (35)

Así se entiende que ya en tiempo de los españoles sigan llevándose a algún prisionero vivo, que acabaría sacrificado en su montón de tierra, el Tescuit, a la orilla del templo, de no ser arrebatado por los otros españoles. Pero el hecho de no matarle, pudiendo hacerlo, sólo se explica porque la finalidad de los indígenas no era matar por matar, sino cautivar para ofrecer a sus dioses el sacrificando: *"E despues de aver herido é derribado en tierra seys ó siete españoles, llevábanse otro vivo en pesso, SIN LO QUERER MATAR". (36)*

Llama poderosamente la atención que los cronistas nicaragüenses no atestigüen que los prisioneros de guerra fueran ocupados como fuerza de trabajo para edificar templos, ciudades, construir caminos, como sucedió con los prisioneros en otras civilizaciones como la egipcia, romana, griega y demás pueblos. El prisionero de guerra de mesoamérica generalmente sólo tenía como destino el sacrificio.

El máximo honor de cualquier guerrero era cautivar adversarios vivos, ya que era hacer el mayor beneficio posible a los dioses y como consecuencia de ello a sí mismo, pues pensaba que siempre tendría asegurado el agradecimiento y la protección divina. Antes que los despojos, con los que se podía quedar, el guerrero prefería al cautivo, del que por ningún motivo se podía apropiarse. El cautivo era exclusivamente de los dioses y nunca era propiedad del que lo cautivaba, aunque esta cita de Oviedo se pueda mal interpretar:

"Los captivos é despojos cada cual es señor de lo que tomó en la guerra, sin que dé parte á ninguno". (37) Pero acto seguido el propio cronista parece enderezar la cuando añade: *"Verdad es que de los esclavos que traen, luego sacrifican algunos en aquel monton de tierra, ques dicho que está delante del templo". (38)*

Sin embargo, con esta continuación de la misma cita aún podemos tener la duda de

si todos eran sacrificados, pues el propio cronista dice que sacrifican "algunos". No obstante todos los indicios son que, aunque no los sacrificaran a todos en la fiesta inmediata, serían sacrificados en otras oportunidades, sin librarse ninguno de la muerte a manos del sacerdote sacrificador. Esto lo podemos asegurar si tomamos en cuenta lo que el cronista Francisco López de Gomara nos dice:

"Cada soldado se queda con lo que coge a los enemigos, SALVO QUE HAN DE SACRIFICAR EN PUBLICO A LOS QUE PRENDE, Y NO DARLES POR NINGUN RESCATE, BAJO PENA DE QUE LO SACRIFIQUEN A EL". (39)

Según esta cita el cautivo en ninguna manera pertenecía al guerrero, ni podía venderle pues no era objeto de venta, ni rescatarle, ni sacrificarle él mismo en privado, sino que tenía que presentarle a los sacerdotes o encargados de los prisioneros para sacrificarle en público. Era del pueblo y de los dioses; del pueblo en cuanto que, todo él reunido, le había de ofrendar en sacrificio al dios correspondiente, en cuya fiesta había de ser sacrificado. El pueblo ofrecía al prisionero en señal de agradecimiento o súplica y por eso mismo esperaba de los dioses su misericordia y generosidad.

La manera de sacrificar variaba cuando sacrificaban a un comprado o a un prisionero de guerra. Era más sagrado y solemne el sacrificio del prisionero:

"El sacerdote que administra el oficio da tres vueltas alrededor del cautivo, cantando en tono lloroso, y luego le abren por el pecho; le rocían la cara con sangre, le sacan el corazón y le desmembran el cuerpo". (40)

El cacique Misesboy recuerda, aparte de la finalidad de la guerra, que la sangre de los prisioneros se esparcía por todas partes con el fin de que la comiesen los dioses:

"Quando tenemos guerra es para darles de comer de la sangre de los indios... y échase la sangre para arriba é abaxo é a los lados é por todas partes; porque no sabemos en qual de las partes están". (41)

En otra cita referente a los sacrificados en honor de Quiateot, dios del agua, aunque la cita no habla directamente de los prisioneros de guerra sino de "muchachos é muchachas" sacrificadas dice que: *"echamos la sangre para los ydolos é imagenes de piedra que tenemos en aquella casa de oración destos dioses". (42)*

Lo que sin duda nos hace ver como pensaban que la sangre sacrificada para comida y bebida de los dioses, era más aprovechada en cuanto se la untaban al ídolo, imagen visible del teote invisible. Siguiendo la lectura, después de la cita precedente de López de Gomara, nos dirá este autor que: *"unta el sacerdote las mejillas y boca del ídolo con la sangre del sacrificado, cantan los otros y ora el pueblo con suma devoción y lágrimas y andan después en procesión". (43)*

Ya mencionamos anteriormente la obligación de asistir a estas ceremonias que tenía todo el pueblo que pudiera tenerse en pie. Era su sacrificio y era el momento de su oración a los dioses, como también era su mayor oportunidad de obligar a los dioses a ser clementes con ellos, ya que les ofrecían aquello más valioso que podían, el cautivo de guerra y lo más necesario para los dioses, su propia alimentación.

f) Las víctimas de la guerra y la comida de la carne de la víctima.

El Padre Durán nos decía (44) que además de prender y no matar para que los dioses se pudiesen alimentar del sacrificando, los sacerdotes estaban hambrientos por comer carne humana. Pero ¿eran sólo los sacerdotes, los "malditos carniceros" (los llama él) los que comían esa carne humana? Comían también de la de otros

sacrificandos que no fuesen prisioneros de guerra? No comían de hecho de todas las víctimas, pues según Gomara:

"Si el que sacrifican es comprado sepultan sus entrañas con las manos y pies, metidos en una calabaza, y queman el corazón y lo demás, excepto la cabeza... muchas veces sacrifican a hombres y muchachos del pueblo y de la propia tierra, por ser comprados, pues es lícito al padre vender los hijos, y cada uno venderse a sí mismo, y POR ESTA CAUSA NO COMEN LA CARNE DE LOS TALES". (45)

Si la carne de las víctimas sacrificadas entre las personas compradas no era objeto de comida, sí lo era la de las víctimas prisioneras de guerra. Así el sacerdote que administraba el sacrificio: *"Da el corazón al perlado, los pies y manos al Rey, los muslos al que lo prendió, las tripas a los trompetas, y el resto al pueblo para que TODOS LO COMAN. Pone la cabeza en unos árboles que crían allí cerca para colgarlas". (46)*

Para los españoles habituados a no comer la carne humana, les parecía esto el más horrendo de los sacrificios y crímenes. A simple vista lo podemos percibir con la lectura de cualquiera de los cronistas. Para ellos, el indígena de Mesoamérica era un caníbal, un antropófago. Nos preguntamos si esta afirmación es válida. Por supuesto que dentro de las categorías mentales hispanas, todo aquel que comía carne de otro ser humano era antropófago. Para las categorías indias, no. En estos ritos no comían la carne humana porque les fuera simplemente sabrosa -como aseguran los cronistas- sino por un alto grado de religiosidad, en que pensaban que comulgaban de la misma sangre de la víctima de la que también comían a la vez los propios dioses. Así, había una comunión entre los dioses y los hombres, expresada en un alimento común: la víctima de guerra cautivada para dar vida a los dioses

y a los hombres participando así de la comunión con la divinidad. No es, pues, cualquier víctima la comida, sino algunas y en especial la más preciada por los teotes, la prisionera de guerra.

Oviedo hace mención de que en tres tiempos señalados del año (aunque los sacrificios se hacían muchas más veces), se hacían fiestas especiales, en que no podían faltar los actos más sagrados para los indígenas, como era el de ofrecer las víctimas sacrificándolas. Después de sacrificadas y "ofrecida" la primera sangre al sol (47) dice que untaban con la sangre a los ídolos y se untaban también los propios sacerdotes con ella y posteriormente se comían los cuerpos: *"Y echan los dichos cuerpos assi muertos á rodar de aquel monton abaxo, donde son recogidos, E DESPUES COMIDOS POR MANJAR SANCTO E MUY PRESCIADO". (48)*

El que fuera muy apreciado por los indígenas no quiere decir que lo fuera únicamente porque fuera muy sabrosa, sino por ser una comida santa. Las motivaciones religiosas aquí están por encima de las motivaciones gastronómicas. Si en Gomara leíamos que durante los sacrificios, al untar el sacerdote con la sangre de la víctima las mejillas y boca del ídolo todo el pueblo estaba con gran recogimiento y en oración, con devoción y lágrimas, es más probable que esta devoción se extendiera aún más en el acto de la comunión de tan *"sancto é presciado majar"*.

Todo esto nos da argumentos para pensar que, en ninguna manera, el indígena cuando comía ritualmente la carne de la víctima sacrificada en el Tescuit, lo hacía como si fuera una comida humana simplemente, como si se alimentase igual de la carne del hombre que de un conejo o de un ciervo, que cazase. En ninguna manera, pues, se puede hablar en estas ocasiones de canibalismo o de antropofagia.

Por otra parte, había una gran creencia por parte de los indígenas de que al comer la carne del prisionero de guerra, el espíritu guerrero de la víctima se transponía y pasaba a los comensales.

Todas estas ceremonias se realizaban dentro de un ambiente festivo, en el que los bailes y areytos y las bebederas eran también parte integrante de las que no se podía prescindir.



VII. LA GUERRA Y LAS PENAS

Vista la importancia que tenía la guerra entre estas gentes nos es fácil juzgar con qué arrojo y valentía se dedicarían a ella, habido tan gran honor como era el que podían arrebatarse tierra a sus enemigos, no dejársela arrebatarse ellos, triunfar sobre sus rivales o capturar adversarios para sacrificarlos a los teotes.

La guerra declarada en monexico y conocida por el pueblo a través del pregón, era ejecutada por los guerreros, jefeados por los capitanes generales, elegidos entre los hombres valientes:

"Escogemos á uno que ya está tenido y estimado por valiente hombre, é de quien se tiene vista la experiencia; é aqueste ordena la gente é los amonesta que sean valientes... é que no huyan". (49)

Aunque en algunas ocasiones también el cacique "si es valiente hombre" iba a pelear, generalmente se quedaba en el pueblo y el mando lo tenía el capitán general. Aunque el cacique combatiera, sin embargo el que mandaba al ejército era siempre el capitán y sólo cuando éste moría en la guerra, asumía el propio cacique el mando o nombraba a otro capitán: "Mas si el cacique es valiente hombre, también va á pelear, é aunque maten al capitán queda é gobierna el ejército, o nombra luego otro capitán". (50)

En todas partes, incluida la guerra, los hombres infringen lo mandado con más o menos frecuencia, por lo que se suelen aplicar castigos o penas. ¿Cuáles eran y por qué se aplicaban en Nicaragua?

"E al que en la guerra no hace lo quel capitán le manda, quítanle las armas é dánle con ellas é dicenle feas é injuriosas palabras, y échanle del real é no le pueden matar ni se acostumbra; pero si le matase el capitán, no le harían mal por esso". (51)

La desobediencia era castigada severamente. Y podemos imaginar qué supondría el hecho de ser públicamente despojado de las armas, pues era ciertamente una marginación social, que avergonzaría al culpable y a toda su parentela. Tenía que soportar el deshonor, las injurias y sobre todo la expulsión del real -del ejército-, lo que le prohibía en adelante poder participar del máximo honor, la guerra, como todo hombre mesoamericano anhelaba, dada su religiosidad y su creencia en la necesidad de hacer participar a los dioses de sus propios trofeos humanos, habidos en el combate.

La palabra desobediente, o "al que no hace lo quel capitán manda", que nos relata Oviedo, tal vez haya que traducirla por "cobarde", como nos dice López de Gomara: "El castigo del cobarde es quitarle las armas y echarle del ejército".

(52) Lo cierto es que tanto el desobediente como el cobarde eran expulsados del ejército. El encargado de hacerlo era el capitán general: "... el cual manda y castiga absolutamente y sin apelación a los señores". (53)

Otra pena durísima se imponía si alguno de los guerreros no entregaba los prisioneros que hubiera capturado en el combate. Si esto sucedía el propio guerrero era sacrificado. Y es que ese delito no era común, era un robo hecho a los mismos dioses, a los que correspondían tales prisioneros. Era un robo sagrado, un sacrilegio, que había que pagar también con algo sagrado, la propia sangre del guerrero. Por ningún motivo se podía dejar de entregar al capturado, ni venderle ni rescatarle:

"Cada soldado se queda con lo que coge a los enemigos, salvo que han de sacrificar en público a los que prende, y no darles por ningún rescate, bajo PENA DE QUE LO SACRIFIQUEN A EL".(54)

VIII. LA GUERRA Y EL PREMIO TEMPORAL

Independientemente del hecho de que los guerreros arrebataran la tierra a los vecinos o de que no se dejasen arrebatarse la suya, independientemente también de que vencieran a sus enemigos e hiciesen cautivos, el guerrero recibía una serie de premios de los que había de gozar en este mundo.

a) Honra:

Era este un honor concedido solamente a quien en nombre de su pueblo había vencido a otro guerrero del ejército adversario, a la vista de ambos ejércitos:

"Y entrellos el que ha vencido alguna batalla personal de cuerpo á cuerpo á vista de los ejércitos llaman a este tal TAPALIGUI; y éste, para señal destas armas

opimas, trae rapada la cabeza con una corona encima tresquilada, y el cabello de la corona tan alto como el trecho que hay desde la cintura alta del dedo index á la cabeza del mismo dedo, para denotar el caso por esta medida del cabello: y en medio de aquella corona dexas un flueco de cabellos más altos, que parecen una borla: estos son UNOS CAVALLEROS MUY ESTIMADOS E HONRADOS entre los mejores de los destas tres lenguas, nicaraguas, chorotegas, o chondales". (55)

Resulta muy importante esta cita porque nos da la impresión de que en Nicaragua, al igual que en otras partes del mundo, en ocasiones se podía decidir un conflicto arriesgando sólo la vida de un guerrero, siempre el más valiente. Tal sucedió en otras historias como con la batalla campal David y Goliat, (56) o en las historias romanas entre los hermanos Horacios y los Curiacios, por lograr la supremacía romana sobre los albanes. (57)

Pero lo importante de la cita de Oviedo, en el caso de Nicaragua, es que nos obliga a pensar que este tipo de luchas nunca podía darse por motivaciones religiosas, donde el cautivar enemigos era el objetivo primordial. La lucha se daba en otras circunstancias y por problemas que surgían entre los diversos pueblos o cacicazgos de un mismo pueblo. No se nos dice en concreto cuando hacían estos tipos de lucha pero todo hace indicar que eran motivados por razones económicas, o de valentía o de prestigio u otras circunstancias, excluyendo necesariamente las motivaciones religiosas, pues en tal caso se daría una contradicción en cuanto a la finalidad de la batalla.

b) Bienes Temporales

Los indígenas solían a veces ataviarse con ricas ropas y penachos y collares de oro, engalanándose como correspondía a un acto tan solemne como era para ellos la

guerra. El que prendía al contrario pasaba a ser propietario de todo lo que el prisionero llevaba, por lo que cuantos más prisioneros de guerra cautivaba, mayores riquezas conseguía el triunfador: *"Cada soldado se queda con lo que coge a sus enemigos"*. (58)

"F. Cómo se parten los despojos que se han avido de los enemigos?"

Y. No se parten: que los despojos cada uno es señor de lo que tomó en la guerra, sin que dé parte á ninguno". (59)

c) Status Social:

El Padre Acosta nos dice hablando de los mexicanos:

"El principal punto de honra ponían los mexicanos en la guerra, y así los nobles eran los principales soldados, y otros que no lo eran, por la gloria de las milicias subían a dignidades y cargos, y a ser contados entre los nobles. Daban notables premios a los que lo habían hecho valerosamente; gozaban de preeminencias que ninguno otro las podía tener; con este se animaban bravamente". (60)



Los nobles eran los principales guerreros y algunos guerreros, que aspiraban a la gloria de las dignidades y cargos, combatían también valerosamente. La finalidad de estos últimos, desde el punto de vista social era cambiar de status: en adelante podían algunos ser incluidos en el número de los nobles. Tal vez lo hicieron directamente o tal vez pudiéndose casar

con la hija de un noble. Pero fuera como fuese, algunos llegaban a tener una dignidad superior a la que tenían antes de la batalla. Conseguir esto ya era un excelente premio. Aparte de recibir ese honor también salían beneficiados económicamente ya que gozaban de preeminencias, que otros no podían poseer. (61)

Aunque esta cita no aparece en las crónicas referidas a Nicaragua no sería extraño que también pudiese estar vigente este tipo de honores y premios entre los nahuas nicaragüenses, tan influenciados como estaban por México. Tal vez se pudiese ver alguna conexión entre lo narrado por Acosta y los TAPALIGUI, pero no tenemos datos para afirmarlo.

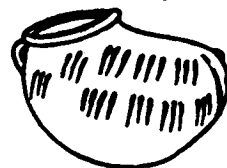
IX. LA GUERRA Y EL MAS ALLA

La creencia en el más allá entre los precolombinos mesoamericanos nicaragüenses nadie puede ponerla en duda. Aquí solamente vamos a hacer hincapié en la relación existente entre la guerra y el más allá.

La guerra era sagrada, siempre era una guerra santa, de la que los propios vencidos y muertos salían recibiendo el premio eterno al poder ingresar en el cielo, el lugar de los teotes. En México creían en el **Tonatiuhchan**, que era la **Casa del Sol**, a la que iban los guerreros:

"Los que van al cielo son los que mataban en la guerra y los cautivos que habían muerto en poder de los enemigos... y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira el sol". (62)

En Nicaragua existía la misma idea, según leemos en la contestación que al Padre Bobadilla le dieron varios caciques:



MISESBOY: "e los que se mueren en la guerra, esos van á servir á los teotes". (63)

TACOTEYDA: "Los que mueren en la guerra, de los que han vivido bien, van arriba, donde están Tamagastad é Cipattoval". (64)

COYEVET: "Los que mueren en la guerra, van arriba, como los teotes". (65)

La guerra era una purificación y por el derramamiento de sangre, también en honor de los dioses, el hombre entraba más en contacto con la divinidad. No sólo el triunfador podía vivir la comunión con los teotes, ofreciéndoles en sacrificio las víctimas capturadas por él; también el caído en combate, cuya buena intención conocían los propios dioses, vivían ya la comunión con ellos y la máxima expresión estaba en que por su causa estaban dispuestos a derramar su sangre, lo que sin duda suponía un acto de generosidad, capaz de purificar todas las ofensas hechas a la propia divinidad. La caída en combate, a la vez que suponía una muerte, suponía también una purificación, un encuentro con esa divinidad, a la que se podía acercar puesto que también el caído iría a la **Casa del Sol** y no al **Miqtanteot**. Cuantas más heridas hubiera recibido, cuanto más horadado por las saetas y dardos estuviera su cuerpo, tanto más agujeros tendría (expresada en la imagen de la rodela horadada) a través de los que podía contemplar con mayor alegría el SOL, garantía de la máxima paz y felicidad, garantía del premio eterno y del triunfo del hombre en su supervivencia en el más allá.

CONCLUSION:

Hemos podido constatar a través de la cita de los diversos autores cómo el indígena nicaragüense era aguerrido, valiente y siempre dispuesto a defenderse. Cómo exclusivamente era el varón el que peleaba. Vimos además que las guerras se hacían por motivaciones económicas y también religiosas; que no podía cualquier individuo declarar la guerra, sino solamente la autoridad, el Monexico y el cacique. Encontramos bastantes citas, que nos hablaban de los instrumentos bélicos, dividiéndolos en armas ofensivas y defensivas. Habían suficientes razones para detenernos también en la relación entre la guerra y la religiosidad, ya que todos los indicios son de que su guerra (cuando era por razones religiosas) era una especie de guerra santa. Bajo esta perspectiva hemos acentuado el problema de los sacrificios y de la comida de la carne humana del sacrificando, disintiendo en estos hechos de la afirmación de los cronistas españoles, que consideraban a los indígenas como antropófagos y caníbales. Constatamos también las penas que se imponían a los que infringían las leyes de la guerra y a la vez acentuamos los premios que los indígenas conseguían al participar en ellas, fueran temporales o eternas.



NOTAS

1. Fray Bartolomé de Las Casas, **Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias** (de la provincia de Nicaragua). Col. Cultural, serie de Crónicas Nº 1. Banco de América, Managua 1976. p.93
2. Gonzalo Fernández de Oviedo, **Historia General y Natural de las Indias**, Libro XLII. Col. Cultural, serie de Crónicas Nº 3. Banco de América, Managua 1976. Cap. 1, p.309
3. Pedro Mártir de Anglería, **Décadas del Nuevo Mundo** VI. Col. Cultural, serie de Crónicas Nº 1. Banco de América, Managua 1976. Cap. 1, p.27
4. Oviedo, Op.cit., Libro VIII. Cap. XXI, p.58
5. Tomás de Ayón, **Historia de Nicaragua**, Tomo I. Col. Cultural, Banco de América, Managua 1977. pp. 42-43
6. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. III, pp. 345-346
7. Francisco López de Gomara, **Historia General de las Indias**. Col. Cultural, serie de Crónicas Nº 1. Banco de América, pp. 113-144
8. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. 1, pp. 309-310
9. Ibid. Cap. V, p. 377
10. Ibid. Cap. III, pp. 345-346
11. Ibid.
12. Gomara, Op.cit., p. 122
13. Fray Diego Durán, **Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme**, Tomo I. Ed. Porrúa, México 1967. Nº 15, Cap. III, p. 33
14. Fray Diego Durán, Op.cit., Tomo I. Nº 17, Cap. III, p. 34
15. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. III, p. 343
16. Ibid. Cap. I, p. 304
17. Ibid. Cap. III, p. 347
18. Ibid. Cap. V, pp. 391-392
19. Ibid. Cap. I, pp. 307-308
20. Ibid.
21. Ibid. Cap. III, p. 346
22. Las Casas, **Apologética Historia**, Tomo CVI. Biblioteca de Autores Españoles, Ed. Atlas. Madrid 1958. Cap. CCXLII, p. 367
23. Anglería, Op.cit., Cap. V, p. 27
24. Wolfgang Haberland, **Cultura de la América Indígena. Nuevamérica y América Central**. Fondo de Cultura Económica, México 1974, Lámina 102.
25. Ibid. p. 155
26. José Acosta, **Historia Natural y Moral de las Indias**. Fondo de Cultura Económica, México 1940.
27. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. II, p. 313
28. Anglería, Op.cit., Cap. V. p. 29
29. Ibid. Cap. VII, p. 34
30. Gomara, Op.cit., p. 124
31. Anglería, Op.cit., Cap. VII, p. 34
32. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. XI, p. 429
33. José Acosta, Op.cit.

34. Fray Tombio de Motolinia, **Carta al Emperador Carlos V.** Ed. Porrúa, México 1973, p. 212
35. Oviedo, Op.cit., Cap. III, p. 347
36. Ibid. Op.cit., Libro XXIX. Cap. XXI, p. 172
37. Ibid. Op.cit., Libro XLII. Cap. III p. 347
38. Ibid. Cap. III, p. 348
39. Gomara, Op.cit., p. 122
40. Ibid. p. 124
41. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. II, p. 313
42. Ibid. Cap. III, p. 329
43. Gomara, Op.cit., p. 124
44. Durán, Op.cit., Tomo I. Nº 17, Cap. III, p.34
45. Gomara, Op.cit., p. 124
46. Ibid.
47. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. XI, p. 439
48. Ibid.
49. Ibid. Cap. III, p. 436
50. Ibid.
51. Ibid.
52. Gomara, Op.cit., p. 122
53. Ibid.
54. Ibid.
55. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. I, p. 308
56. Samuel, I. 17, 4-50.
57. Tito Livio, **AB URBE CONDITA**, Libro I, Cap. 26.
58. Gomara, Op.cit., p. 122
59. Oviedo, Op.cit., Libro XLII. Cap. III, p. 347
60. Acosta, Op.cit.
61. Haberland en la obra citada plantea cómo ascendía y por qué la nobleza azteca, y menciona algunos privilegios que tenían. Si era hereditaria o estaba en vía de llegar a serlo. (pp. 155-158)
62. Fray Bernarlício de Sahagun, **Historia General de las Cosas de Nueva España.** Tomo I. Ed. Porrúa, México 1969. Libro III, Cap. III, pp. 297-298
63. Oviedo, Op.cit., Libro XLII, Cap. II, p. 314
64. Ibid. p. 321
65. Ibid. p. 324